

Cuentos Hondureños

LOS PIOJOS DE LA PATRIA

ELISEO PEREZ CADALSO

Hasta el salón de sesiones del Congreso Nacional llegó una exposición suscrita por los mineros de "El Quebrachito", pintando con fotográfica amarilla la situación en que trabajaban, y pidiendo mejores condiciones:

"Entramos a la mina a las tres de la mañana y no salimos de ella hasta las cuatro de la tarde. Nunca vemos el sol: vivimos en la perpetua noche. Los trabajos están a una profundidad de tres mil metros, donde la humedad causa derrumbes constantemente, sin que la Compañía se preocupe en instalar un buen sistema de ademes para contenerlos. A veces nos llega el agua arriba de la rodilla, especialmente en invierno, razón por la cual nos suele atacar el reuma, pues dada la miseria de nuestros salarios no podemos comprar botas impermeables. Los compañeros muertos en los últimos días alcanzan número considerable entre reumáticos, atorrados, tuberculosos y silicosos. Los pagos no se hacen en moneda legal como manda la Constitución sino que en mercaderías al precio que fijan los patrones, y sale sobrando decir que jamás hemos comprado segundo vestido."

"Casi todos los firmantes tenemos familia que mantener. La empresa nos aloja en barracones inmundos, sin servicios de ninguna clase. En cada barracón viven hasta ocho y diez personas, teniendo que dormir unas encima de otras, como animales. La huelga del año pasado era justa, pero el Gobierno de la República, considerándola como sedición, la sofocó por medio de los fusiles, ahogando muchas vidas. Necesitamos, inaplazablemente, un sistema de leyes de trabajo y seguridad social."

Tal el contenido de algunos párrafos. La comparación de los mineros terminaba así: "Pero para que los Honorables Padres de la Patria adquieran una visión exacta del problema, muy respetuosamente les rogamos hacer una visita a este centro de trabajo".

Mientras el pliego pasaba a la respectiva comisión para dictamen, el diputado Carmelo Gámez, alias "El Amigo de los Pobres", salió precipitadamente a informar de los hechos al gerente Rubio, quien, visiblemente preocupado, preguntó:

—¿Y qué podemos hacer?

—Pues gestionar pa' que nombren una comisión de diputados amigos

—¿Y cómo se logra eso?

—Con ésto, mire (hizo señal de dinero). Si usted me da diez mil pesos, yo me encargo de ese trabajito.

—Convenido.

El diputado negroide salió loco de alegría. Cul-

minaba en él una vieja aspiración, cual era ganarse la simpatía del amo blanco, desconociendo que éste lo despreciaba hasta el fondo por su composición racial, que era 70% negro y el resto indefinido.

La regla es que la gente de color tiene siempre el alma blanca, pero el hombre de nuestro cuento era tan oscuro por dentro como por fuera. Comenzó a planear. Pediría al presidente de la Cámara, a quien ofrecería una cena suntuosa, que nombrara una comisión integrada por Teófilo Andrade, Rosendo Núñez y él, ya que tales sujetos estaban a sueldo de la compañía.

Pasó la cena —que no fue la última por cierto— y el diputado Gámez presidió la comisión legislativa para visitar las Minas de "El Quebrachito".

Carmelo Gámez tenía una historia fea, tan fea como su figura. Porque era feo hasta llegar al abuso. Además de prieto tenía una expresión harto repulsiva. Al reír mostraba una total dentadura de oro. Usaba sombrero pajizo y, con un aire mecido al caminar daba la sensación de una hamaca en movimiento, por la enorme barriga, vale decir, el arca de sus más caros ideales.

Algunos compañeros de cámara acostumbraban jugarle bromas de mal gusto, pero "El Amigo de los Pobres" las tomaba como reflejo de su arrolladora popularidad. Entre otras cosas, contaban que cierta vez, yendo de propaganda diputadil, llegó a una aldea seguido de su comitiva. A fuer de personaje central, ofrecieronle una chinchona para que descansara mientras preparaban el almuerzo. Dándose aire estaba cuando un mocoso de la casa, al verle la barriga prominente, se le acercó meloso:

—Diputado: ¿verdad que cuando usted tenga chanchitos me va a regalar uno?

El día señalado para la inspección, los tres visitadores salieron rumbo al lugar de los sucesos. Mejor dicho, los sucesos vienen después y pronto ustedes los conocerán. El diputado-jefe había enviado previamente un mensaje a los jefes de la empresa, anunciándoles la llegada. A media legua de los trabajos se toparon con una delegación de funcionarios y empleados de la misma, quienes allí no más ofrecieron champaña y whisky a tan ilustres parlamentarios, llevándoselos después al sitio que se les había reservado. Era casi medio día.

—¿A qué hora visitarán la mina?

—Después de almuerzo —respondió Gámez—. ¿Qué les parece, muchachos?, dijo dirigiéndose a sus colegas.

—¡Okey!, —contestaron los otros, ya carones por los tragos.

Los brindis prosiguieron. Se bebió y se habló de todo, menos del asunto principal. Los padres de la Patria, que jamás abrían la boca en las sesiones, aquí sí hablaban como cotorras al calor de la embriaguez. Luego pasaron a devorar un pantagruélico almuerzo que duró más de tres horas.

Atardeciendo, dispusieron ir a la mina. En llegando, vieron a los trabajadores en fila, ya afuera de las cavernas. Lástima. Porque dentro de ellas estaba lo peor del drama. Rodeando a los trabajadores yacían sus mujeres y sus niños, escualidos y pensativos, hechos una trenza de silencio. Observando con cuidado, se habría descubierto la presencia de numerosos matasietes disfrazados de mineros, encañonando a los quejosos. ¡ay del que hablara mal de los patrones!

"El Amigo de los Pobres", en vez de acercarse a la masa sudorosa y esforzada para hablar directamente con ella, dio en considerarla como la multitud propicia al discurso.

— "Hemos venido ante el reclamo de ustedes a favorecerlos en todo lo posible porque somos los verdaderos hombres del pueblo. Pero ustedes no se lo merecen, no reconocen lo bueno que son estos señores (señalando al gerente y demás directivos). La Compañía hace un verdadero sacrificio para pagarles a ustedes más que a los chapiadores de la Costa Norte, más que a los campistas del Sur y más que a los indios de Intibucá y todavía se están quejando ¡babosos! "

Y lo que el padre de la Patria, en su olímpico disgusto, fue pronunciando enseguida, es para no repetirse, y sólo podemos traer al recuerdo el período final de su discurso, el mismo que cien veces había espetado a sus adversarios durante la campaña electoral. Por cierto que le había costado un mundo prepararlo y aprendérselo de memoria, y esta vez no iba a perderse de declamarlo ante los hombres

rubios, porque éstos eran desde ya sus grandes benefactores.

— "La patria es como un organismo. Ese organismo lo componemos todos. Pero mientras unos somos buenos, otros son pícaros e ingratos. No les gusta trabajar. Sólo viven pidiendo mejor salario para seguir panza arriba. Ustedes son los parásitos de la nación. Son los piojos de la patria, y pronto les va a caer el peso de la ley por insubordinados."

La furia del orador cobró contornos aterradores. Su rostro, su feo rostro de charol, se transfiguró, llegando al color ceniza. Para apagar su llamarada fueron menester varios dobles de Bucana. Sabe-dor del dominio que había logrado sobre aquel ámbito de miseria, de ignorancia y estupor, remachó:

— Mejor me voy, no vaya a ser que me toque patear a alguno.

La comitiva de empleados acompañó a los representantes del pueblo hasta el apartamento que ocupaban, en el mismo edificio de la empresa.

Ni los hombres ni las mujeres bosticaron palabra. Aún no salían del asombro. Sólo un panzoncito preguntó a la india, su madre:

— Mama, ¿cómo es la patria?

— Pues muy buena y muy bonita.

— ¿Así como la virgencita de Suyapa?

— Así mero.

— ¡Ahhh!!

Estaba satisfecho de haberlo comprendido todo. Mas, quien nada comprendía era la nana.

— ¿Por qué preguntás, miijo?

— Porque como dicen que ese señor es padre de la patria, yo tenía miedo de que la patria se pareciera a él. !

La noche —la perpetua noche— el frío y el hambre, que por momentos se habían refinado en contubernio de complicidad, cerraron nuevamente su círculo macabro en la antesala del cementerio.

JUBILACION

ALEJANDRO CASTRO M.

El papel temblaba en sus manos y sentía que la voz le brotaba cascada y vieja. "En todos estos años dedicados a la enseñanza he aprendido a querer, a admirar y a tener fe en la juventud de nuestro país."

Cuando bajó de la tribuna, apoyándose en un colega que le ofrecía el brazo, lo envolvía una tibia atmósfera de aplausos. En realidad, todo era vago para él. Aquella fiesta escolar, su propia presencia allí, la palabra tantas veces pronunciada: Jubilación.

Varias manos apasionaron la suya. Salió hacia la tarde húmeda protegiéndose con la bufanda. Con una parvada de escolares que agitaban en torno suyo palabras en primavera, empezó a recorrer aquel camino tan sabido, tan suyo: la senda del colegio a su casa.

Bajo el umbral que tenía estalactitas de tiem-

posidos, lo arrolló otra vez el suave envión del afecto juvenil.

— ¡Felicidades, Maestro! ¡Hasta pronto! ¡Volveremos a saludarlo!

Adentro estaban el fulgor carcomido del quinqué, el olor amistoso de los papeles queridos y la gracia púdica de las sillas afelpadas, legado familiar.

Fué a sentarse, con paso tardo, frente a su escritorio, inmune a la polilla, de tapa corrediza, como son los escritorios de todos los viejos maestros. Con gesto indiferente dejó en él el diploma que le habían entregado esa tarde, pequeño rollo de papel atado con una cinta.

Bueno, ¿no debería sentirse un poco más orgulloso? Aquella hermosa fiesta había sido para él. Dejaba el servicio de la cátedra, se retiraba de la

docencia al cabo de toda una vida de faenas magisteriales y este hecho lo habían consagrado con una ceremonia que muchos de los presentes llamaron inolvidable. (Es frío este crepúsculo. Los pies se resisten a entrar en calor). Sí, le habían dicho cosas muy halagadoras: Maestro de generaciones, prócer de la enseñanza, guía de la juventud, al retirarse, dejaba un gran vacío, imposible de llenar (¿Por qué no se decidió nunca a poner luz eléctrica? La luz del quinqué es triste). Pero él sabía que no estaba contento, ni siquiera agradecido. Una sutil tristeza lo embargaba. (Y otra vez la sensación de frío corriéndole como un hilo por la espalda).

Posó sus ojos cansados en el rostro marfileño que lo miraba con dulce reposo desde el marco ovalado. La sonrisa tenue de su madre, erigida sobre el alto cuello de las modas antiguas. Su vista siguió girando: un reloj con molduras insípidas, dorado. Un pastor, dorado. Cosas que habían estado allí por una eternidad, inmóviles como el agua estancada, venidas del más allá familiar, yertas, como estaba yerto en ese momento su mismo corazón. Y en todos lados, libros, folios, papeles, patinados de ayer, de tedio y frustración. Retratos de amigos con largas levas y gruesas dedicatorias. Al pie de todo, sutiles telarañas prendiéndose en un abrazo de olvido.

Aquellos eran los testigos de su triunfo de hoy, de su magro triunfo de maestro que se jubila. Se sentía más solo que nunca. De pronto lo invadió

la certidumbre dolorosa de que se había portado cobardemente en la vida. De aquel dintorno de sombras, de musgo y de pasado, no le llegaban sonrisas de amante, ni de esposa, ni de hijo. Ni siquiera el recuerdo lacerante de un gran dolor o la llama negra de un gran odio. Estaba recogido en sí mismo como un caracol abyecto. Y con la vergüenza sorda de la senilidad, se dijo que habría dado todas las frases laudatorias de ese día, la tranquilidad beata de su vida larga e impotente, su modorra ilustre de catedrático respetable, su sosiego cauteloso de hombre tímido, todas las satisfacciones raquíticas que le produjo su naturaleza endeble de criatura que temió siempre a la lucha, al frío y a la muerte, todo, a cambio de otra voz que viniera a despertar la suya, a cambio de un talle querido, o de una cabecita ensortijada.

Como lo había hecho desde días inmemoriales, fué, silueta encorvada, a cerrar la ventana sin geranios que se abría sobre una calle soñolienta y polvosa. Tornó a su silla. Abrió el diploma y sobre aquel helado testimonio de la gratitud humana, fruto de un calígrafo presuntuoso, sintió que la desolación y el peso de una vida frustrada lo restituían al dulce y ya casi olvidado amargor de las lágrimas.

Con la frente inclinada, el maestro lloraba en esta tarde húmeda en que la vida lo jubilaba de la felicidad.

EL CHELE

JUAN RAMON MOLINA

Cuando ella le llevó el almuerzo —un plato de cocido hecho de prisa— aguardábala él a la reja, agarradas las manos a los barrotes. Era un moceón membrudo, tirando a rojo, de mandíbulas fuertes, veloso como un perro de aguas, de barba viril. Un macho como pocos.

La hembra se acercó, rimando con las caderas, de amplio paréntesis, la estrofa del amor carnal. Era de mediana estatura, irigüeña, rica de carnes, fresca como una sandía. Terciado el pañolón café, haciendo chillar los botines, pasó entre los soldados, despidiendo de su enagua una brisa ardiente y perturbadora, impregnada de perfumes baratos.

—Chico —dijo ronroneando la voz como gata—, aquí está el almuerzo.

—¿Por qué has venido tan tarde? —replicó el reo con una voz entre áspera y dulzona.

—No pude estar antes. Tengo mucho que hacer.

—¡Mentira! Es que vivís entretenida con ese tinterillo. Ya sé que me seguís engañando. Pero ve, por Dios —e hizo una cruz con la diestra y la besó— que te doy una lección cuando salga de este enchute. Y lo que es a él...

En la faz de la mujer se pintó una mezcla de

miedo y de odio. Esta, de repente, tiró al suelo el almuerzo, alejándose de la reja.

—Oíme, negra —gimió él arañando los barrotes—, oíme un momento.

Mas ella, caminando precipitadamente, como a pequeños saltos, ganó la entrada de la guardia.

Oíme, negra, oíme, te lo suplico. Parate un poco.

Ella iba a desaparecer, zangoloteando la pulpa de las redondas posaderas, mas de pronto se volvió, gritando con voz irritada, escupiendo las palabras:

—No, no vuelvo, enténdelo —¡Quedáte en la jerruza para siempre. Ya no quiero más guazangas con reos, ¿lo oís?, con reos, porque tengo hombre que me dé. Y me da ariños; vélos! Y pañolón; vélo!—. Y descubrió el busto, agitando al aire el trapo, mientras sus ubres, sudorosas por la emoción, temblaban en la camisa como si fuesen de gelatina. —Y botines: mirálos! —y enseñó el calzado amarillo, sobre el que caía la media azul, mostrando al mismo tiempo algo de la carnosa pantorrilla, con una suave vellosidad de durazno. Luego volviéndole el fusto desdeñosamente, desapareció.

—¡Templada la negra! —dijo el cabo cuando se fué, entre las carcajadas de los soldados—. Y

qué —e hizo una seña de masonería indecente, que produjo otra explosión de risas

* * *

Chico Ramírez (a) el **Chele**, volvióse más taciturno desde entonces. Arregló su manutención con la mujer de otro presidiario, pasándose las horas fumando cigarrillos de tusa, o viendo obstinadamente al suelo. No pensaba más que en Tomasa, en la **negra**, acordándose del día en que se la trajo robada, como dicen, de Cedros. La muchacha, que era más ardiente que una cabra, cedió a sus primeras proposiciones, viniéndose a Tegucigalpa con él, donde sentó plaza de inspector de policía. Luego le echaron del puesto, porque un día, que estaba de malas pulgas, con la clava le abrió la cabeza a un borracho que le echaba mueras al gobierno, sin querer caminar. Así se encontró sin empleo, viviendo con la amasia en un cuartucho de La Plazuela.

Pero la quería, a pesar de las sopapinas que le daba en sus jumas, antes de sumergirse en sus letargos comatosos, y concibió el plan de llevársela a la Costa Norte, a probar fortuna.

Ella, al saberlo, dijo que no, que no y que no. ¡Ah! —exclamó Chico, furioso—: es que estás emberrinchada con ese maldito estudiante. Pues sabé una cosa: si los hallo juntos, por estas cruces, que los mato a los dos: por éstas. Y me largo en seguida a rodar tierras, mientras te podrís.

Y un día les halló, en el quicio de una puerta, sobiqueándose y besuqueándose. Sacó el cuchillo, echando más jotas que un carretero, pero sólo logró darle al mozalbeta un rasguño, así, de un jeme, porque el tal huyó con piernas de venado. Capturó la policía al **Chele**, y como el otro sabía de intríngulis de Derecho, dio con él en la penitenciaría, condenado a dos años y meses de cárcel.

Más de un año no supo de la Tomasa, de la **negra**.

—Ya se endamó con otro —decían los reos, hurgándole, sin que dijese nada, porque sabía que era ciertísimo.

—Las mujeres así, **Chele**, no pueden vivir sin hombre —le soltaba un veterano del crimen, encanecido en la cárcel, que tenía un rayón desde un ojo hasta el hocico, donde no faltaba la magalla apostosa.

—No pensés en esa gallina —seguía mansamente—, no pensés, y consoláte. Por cada peso falso, hay cien mujeres que sólo falta que se les diga: ¡adiós, cosita! para llevárselas uno.

Pero el **Chele**, ni por esas. La amaba de un modo animal, a lo bestia en celo, aumentando su

pasión la forzosa castidad de la cárcel. La quería siempre, acordándose de todo lo que le había hecho sufrir y gozar. Cuando cumplierse su condena, iría a verla, perdonándola. ¿Cómo perder aquel cuerpo que había hecho vibrar como una guitarra? —Mía o de nadie, pensaba Chico, contando los reales ahorrados.

El día en que cumplió su condena, lloró de gozo. Diéronle libertad a otros dos reos, y celebraron el acontecimiento en un estanco de La Ronda, bebiéndose la cuarta parte de un garrafón. Iba a salir, dando traspiés, cuando pasó frente a él un joven, en el que reconoció a la luz del farol, a su odiado rival. ¿A dónde iba? A verla, seguramente. Pidió una botella de aguardiente, bebióse la en seis tragos, y haciendo eses, golpeándose contra las paredes, trató de dar alcance al muchacho. Caminaba frenético, embrutecido.

Le alcanzó a los pocos minutos. Sí, era él. ¿Conque la Tomasa —iba pensando en su cabeza sudorosa, llena de alcohol— prefiere a este tipo amujerado, a este chancletudo sinvergüenza, y desprecia a un hombre como el **Chele**. Ya vería esa tal, ya vería. Los mato, por Dios que los mato. No lo despacho ya, porque quiero acabar con los dos. Sí, con los dos.

Diluviaba ligeramente. El estudiante, sintiéndose seguido, apresuró el paso mas el **Chele**, aunque completamente beodo, le seguía a grandes zancadas. El otro cegó a correr, ganando media cuadra, y se metió al cuarto de la Tomasa, de la **negra**, que aplanchaba una camisa.

—¿Qué es? —dijo ella con susto.

—Un hombre me viene siguiendo, está bien bolo. Cerrá.

La puerta cerróse violentamente, en los momentos en que llegaba Chico.

—Abran —rugió empujando— Abrió, maldita, yo te voy a enseñar. Decile a ese maricón que salga, si es hombre. ¡Abrió! Aquí estoy, sinvergüenzas— Y vociferaba insultos horribles.

La puerta, débil y carcomida, estaba para ceder a los esfuerzos del borracho, cuando éste, perdiendo la cabeza, rodó pesadamente sobre el empedrado, resbaloso a causa de la lluvia.

A la media noche pasó una ronda, y el oficial, viendo aquel hombre tendido, encendió un fósforo.

Tenía el rostro horriblemente desencajado, las uñas clavadas en las palmas de las manos, y en la boca medio oculta en la maleza de su barba rojiza, un copo de espuma sanguinolenta. Lo movió enérgicamente. ¡Estaba muerto!

EUTANASIA

RAFAEL PAZ PAREDES

I

Nació tan feo que su padre al verlo no pudo contener un gesto de horror. Su madre lo besó y dijo: —"Pobrecito, ahora le querré más". Pero los

días pasaron, y la buena madre en uno de tantos días pasó a la Eternidad.

El pequeño monstruo creció, se hizo hombre, y fue por el mundo exhibiendo la fealdad incompa-

table de aquel cuerpo deforme. Porque era feo, sí Feísimo Más feo aún.

Flaco, escuálido, huesudo, con la piel cubierta de pelos negros y gruesos; dijérase un simio transformado en hombre. La espalda encorvada, las piernas cortas y torcidas, las manos largas, nudosas y velludas; dijéranse las manos de un cadáver que vive. Ahora la cara. Esa cara era algo insufrible. Chata, pálida, contraída como en un gesto de ahorcado; no había en ella ni una línea regular siquiera. La boca grande y saliente dejaba entrever, como en el fondo asqueroso de una gruta de vampiros, dos hileras incompletas de dientes amarillos, puntiagudos; parecían los colmillos de un enorme roedor. Constantemente asomaba a la boca se le veía la lengua. Una lengua rojiza delgada, larga, cubierta de diminutas protuberancias como la piel de un batracio. La nariz era indescriptible: un adfeso como pelota de masa agregada al rostro, con dos troneras enormes en la parte inferior, de las cuales destilaba eternamente una materia viscosa, sanguinolenta como esputo de tuberculoso. La frente era angosta, arrugada y cubierta casi por completo por un vello grueso que parecía unir sus cejas anchas y pobladas con el pelo de la cabeza, negro, lacio, desgredado.

De entre aquel conjunto repugnante como del lodo de un diamante surgían los ojos. Esos ojos eran la negación del rostro. Grandes, negros, expresivos. Esos ojos eran bellos. Bellos con la belleza ignorada de las flores silvestres. Límpidos, tersos, apacibles. Bellos con la belleza tranquila de un paisaje, o de una monja. Aquella belleza era así: tímida, dulce, inofensiva. Porque habéis de saber que hay bellezas ofensivas, altaneras, repugnantes. Bellezas, que al verlas, los perros sienten deseos de ser hombres para poseerlas, y los hombres, tigres para devorarlas.

II

Aquel hombre, que sólo nació para llorar, dio tregua a su llanto un día, cuando

La vio pasar. Su grácil figura era el blanco de mil ojos. El andar, el movimiento pronunciaba las formas. La curva anhelosa sucaba la fruta prohibida. Los pechos como dos manzanas pedían caricias. El monstruo los vio.

El fuego eterno y misterioso secó la humedad de aquellos ojos tristes de perro hambriento. Por un instante olvidóse de sí mismo para recordar que era hombre. Se lanzó tras ella, la detuvo, pretendió hablarle. Alzó sus ojos bellos en ademán de súplica.

Ella esquivó felinamente la plática de aquel ser maltrecho y le lanzó al rostro, como puñales envenenados, dos céntimos cobrizos y su mirada asquerosa.

Siguió su camino. La curva ondulosa se volvió a mecer y los pechos siguieron clamando caricias.

El pordiosero del deseo se tornó entonces más triste. Y volvió a llorar, mas ya no con los ojos, que es llanto bien vulgar, sino con el alma, con el gesto, con la mirada, con sus ademanes, con su mirar. ¡Que hasta en los pasos de aquel hombre había resonancia de quejidos!

La criatura deforme, el hombre olvidado de Dios y de los hombres, siguió por la vida. Lloraba, mas no pejuraba. Suplicaba, mas no maldecía. Iba por el mundo como un condenado. La gente piadosa le arrojaba mendrugos, pero se alejaban luego. Todos contemplaban con asco a la criatura horrenda, pero nadie se fijó nunca en sus ojos. Aquellos ojos dulces de perro hambriento.

Un día, el moderno Job sintió que su alma domesticada en el sufrimiento, se revelaba contra la injusticia del mundo. Sintió en su interior arder fuegos nuevos. Sintió odio, envidia, deseo de venganza. Le invadió una ansia infinita de romper el horrible cascarón humano, para luego escapar.

Desde entonces sus ojos se hicieron distintos. Se tornaron fieros, crueles, amargos.

III

Como un fantasma, en su alma se fue colando la idea del suicidio. Le perseguía de día y de noche. Le asediaba a cada instante. Era la única puerta de escape.

Sombras propicias lo vieron correr apretando contra el pecho ardiente una pistola. Apretaba el arma con devoción cristiana. Ardoroso, frenético, queriendo en su locura escapar a las tinieblas que como brazos gigantes le tendía la noche, corría el miserable hacia su destino.

El arma suicida que, como un crucifijo apretada contra el pecho, brilló en la oscuridad. Un estallido y un chispazo rompieron las sombras y el silencio.

IV

En el hospital de sangre le hacían horas después la primera curación. La bala, desviada por la mano torpe, en vez de seguir la trayectoria deseada a través del cerebro, penetró por un lado, al nivel de los ojos, y el plomo ardiente penetró en las cuencas mismas de los ojos. Haciéndolos saltar como huevos destripados sobre el rostro monstruoso del suicida que así, lleno de sangre, parecía una visión de pesadilla.

El médico, en voz baja, decía a su ayudante: "Pobre diablo, tendrá que vivir ciego. No existe ningún peligro de muerte."

Cuando el horrendo enfermo oyó la sentencia de vida se estremeció en su lecho. Gesticuló, pataleó, gimió. En seguida, pareció sosegar.

Su boca se entreabrió en una mueca grotesca que quiso ser sonrisa. Su diestra estrujó vehementemente el brazo del médico y lo atrajo hacia sí.

La mueca simiesca se acentuó en su rostro cuando susurró algo al oído del galeno quien, al escuchar el secreto del enfermo, contrajo el ceño en un gesto de duda, de indecisión. Pareció meditar. Silencioso se dirigió hacia la mesa donde estaban esparcidos sus instrumentos de cirugía. Tomó una jeringa y después una ampolla.

Al sentir el enfermo en su carne la impresión helada de la aguja del médico, sonrió satisfecho, horrándose las líneas amargas de la mueca, que fue luego sonrisa para después ser polvo.